

LA VERDAD

EN LA CUESTION

ENTRE

FABRICANTES Y OPERARIOS,

POR

D. LUIS PUIG Y SEVALL,

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE ESTA CAPITAL, SÓCIO DE MÉRITO
DE LA ECONÓMICA BARCELONESA DE AMIGOS DEL PAIS Y DEL ATENEO BALEAR,
CORRESPONSAL DE LA ECONÓMICA DE VALENCIA É INDIVIDUO
DE OTRAS CORPORACIONES LITERARIAS.

— — — — —
PRECIO 2 REALES.
— — — — —

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA.

CALLE DEL CÁRMEN, NÚM. 77, BAJOS.

1870.

LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO

1972

LA VERDAD
EN LA CUESTION
ENTRE
FABRICANTES Y OPERARIOS.

LA VERDAD
EN LA GESTIÓN
FABRICANTES Y OPERARIOS

LA VERDAD

EN LA CUESTION

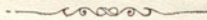
ENTRE

FABRICANTES Y OPERARIOS,

POR

D. LUIS PUIG Y SEVALL,

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE ESTA CAPITAL, SÓCIO DE MÉRITO
DE LA ECONÓMICA BARCELONESA DE AMIGOS DEL PAIS Y DEL ATENEO BALEAR,
CORRESPONSAL DE LA ECONÓMICA DE VALENCIA É INDIVIDUO
DE OTRAS CORPORACIONES LITERARIAS.



R. 12. 112

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA.

CALLE DEL CÁRMEN, NÚM. 77, BAJOS,

1870.

LA VERDAD

FABRICANTES Y OPERARIOS

DE LAZAR Y SERRA



6.15.115

LA VERDAD
DE LAZAR Y SERRA
FABRICANTES Y OPERARIOS

PRELIMINAR.

Hace unos tres años que previendo ya los sucesos industriales que hace poco tuvieron lugar en nuestro país, tratamos de evitarlos en cuanto fuera posible, dando á la prensa periódica con el título de *Cuestiones económico-sociales*, una série de artículos en los cuales estudiamos con detenimiento la importantísima cuestion, siempre de interés primordial, relativa al modo de fijar las relaciones que median entre fabricantes y operarios. En ellos hablamos el lenguaje de la verdad, de la justicia y del derecho á las dos clases, procurando demostrar que sus intereses no son antitéticos y que solo las exageraciones de los unos y los otros habian podido llevarlos al estado de oposicion en que se encuentran.

Hicimos entonces cuanto alcanzaban nuestras débiles fuerzas para ilustrar la cuestion, procurando atacar de frente y con la franqueza que nos caracteriza, así el egoismo y desmedido espíritu de especulacion que se ha apoderado de algunos fabricantes, como las absurdas y monstruosas doctrinas comunistas que acariciaban una gran parte de los obreros. Mas, por desgracia, nuestra voz fué casi perdida, ya porque no podia tener la fuerza de autoridad que acompaña á la de los grandes talentos, ya porque el periódico que nos prestó sus columnas (y al cual quedamos sumamente agradecidos) (1) como de intereses puramente locales, apenas traspasaba los límites de la comarca en que se escribia. No obstante, las ideas allí vertidas han sido aceptadas con entusiasmo por varios fabricantes de corazon noble y generoso, quienes dando mayor estima á nuestro trabajo de la que en realidad merece, nos instaron, al declararse la última huelga de los obreros, á que lo reprodujéramos en la forma de folleto.

Nos resistimos, sin embargo, á hacerlo, porque no es cuando las pasiones

(1) La Crónica de Manresa.

están agitadas y los ánimos prevenidos la mejor ocasión para que se escuche y atienda la voz de la verdad, que imparcial ante todo, consigna siempre el tanto de culpa que contra cada cual resulta. Pero pasado el período de efervescencia, cuando se han abierto las fábricas y han vuelto tranquilamente los obreros á sus talleres, creemos que ha llegado la ocasión oportuna para manifestar á todos los errores que han cometido, patentizando así á los amos como á los jornaleros que sus intereses no están reñidos, que es posible y muy ventajosa una avenencia, y que para conseguirla, es preciso depongan ante todo odios y rencores, recelos y desconfianzas, entrando de lleno en una vida de armonía, de paz y de cristiana fraternidad.

A este solo objeto, pues, reproducimos aquellos trabajos, dándoles la forma de folleto como se nos tiene pedido, y con el único deseo de que reflexionando sobre su contenido y aleccionados por la experiencia, entren todos de buena fé en el camino de la justicia, preparando para un próximo porvenir una completa reconciliación entre el capital y el trabajo.

I.

LAS MÁQUINAS.

Al estudiar con la detencion que se merece el estado de nuestra sociedad, para hacer de él un profundo análisis á fin de investigar los elementos de ruina moral y material que en sí misma lleva, encontramos á cada paso cuestiones gravísimas que absorven por completo toda nuestra atencion y nos exigen un continuado y profundo estudio.

No somos pesimistas: no pertenecemos al número de los que descubren en todas partes solo tinieblas; mas á pesar de esto no podemos negar que nuestra sociedad está enferma y que es indispensable que cuanto antes se le procuren remedios eficaces para salvarla de la prolongada crisis que atraviesa. Desgraciadamente los males que la aquejan son de índole compleja, lo cual dificulta muchísimo su estudio; no obstante tenemos confianza en el porvenir, y esto nos mueve á ensayar nuestras débiles fuerzas para cooperar en una mínima parte á la grande obra de la restauracion social.

La revolucion económica y política que se ha realizado en nuestros tiempos, há producido un cambio radical en las sociedades modernas; y como resultado de este cambio han surgido infinidad de problemas, cuya solucion ó no se encuentra, ó se encuentra solo mezclada con sacudimientos sociales que estremecen. Además, por una especie de fatalidad se presentan encontrados intereses que nunca debieran haber dejado de ser hermanos, y esto que complica las cuestiones, las hace tambien mas enojosas ya que hay necesidad de remover elementos opuestos que se resisten á colocarse en su verdadero centro. Sin embargo, hablando el lenguaje de la razon y de la verdad á todos indistintamente, tenemos confianza que se irán aproximando esos intereses, que comprenderán los sacrificios que deben imponerse para salvarse unos á otros, y que se convencerán en último resultado, de la imperiosa necesidad de prestarse mútuo apoyo si quieren desenvolverse y prosperar racional y sólidamente.

Hace tiempo que venimos examinando las tendencias de la sociedad de nuestros dias, y quizá la que nos tiene más alarmados por ser la más dominante, es ese refinado egoismo que todo lo invade y que amenaza destruir los lazos más santos y sagrados. Todas las clases se miran con recelo, todas desconfian, todas se aíslan en medio de la misma confusion en que viven, y pensando cada una solo en sí y para sí, olvidan los deberes que nos impone la caridad la cual nos

manda amar á todos los hombres como á hermanos. El trabajo y el capital mirándose de reojo se han hecho enemigos irreconciliables, sin considerar que el primero sin el segundo no puede subsistir, y que el segundo sin el primero carece de estimacion y de valor volviéndose improductivo. Por una série de circunstancias, que no entraremos ahora directamente á examinar porque nos apartaríamos de nuestro propósito, los fabricantes y trabajadores se rechazan mutuamente, se repelen, se odian, creyendo que está en la misma esencia de las cosas el que se hayan de encontrar siempre frente á frente los intereses de unos y de otros. Y sin embargo nada más absurdo, nada más distante de la verdad. El bienestar y progreso de los primeros supone el progreso y bienestar de los segundos, y no se comprende que donde el capital pretenda tiranizar al trabajo ó este á aquel, ambos prosperen y se desarrollen.

En diferentes puntos de este folleto tendremos ocasion de advertir á las dos clases sus derechos y sus deberes, y aunque al hacerlo quizá seamos calificados de extremadamente severos, diremos con la ingenuidad que nos da la independencia de nuestro carácter y el amor que á todos profesamos, las faltas en que han incurrido así los unos como los otros. Posible es, sin embargo, que no obtengan nuestros esfuerzos los resultados que con ansiedad apetece por la escasa autoridad que tienen nuestras palabras, pero si se hace justicia al menos á la bondad de nuestras intenciones, quedarán completamente satisfechos nuestros deseos.

Al emprender, pues, nuestra tarea, empezaremos por tratar de las máquinas, de esa eterna pesadilla para los obreros, á fin de ver si podemos persuadirles de su incontestable utilidad.

Qué es una máquina? La ciencia económica al definirla nos dice que es *todo medio por el cual se facilita el trabajo y se aumentan sus resultados*. Ahora bien; puede deducirse de esto que el progresivo empleo de máquinas destruye el trabajo del obrero? De ningun modo, considerando la cuestion en absoluto, pues los ultimos resultados del empleo de las mismas han de ser mayor desarrollo en la industria y por consiguiente mayor demanda de trabajo. ¿Acaso puede desconocerse que abaratándose la mano de obra, los productos cuestan ménos y pueden cederse á más bajo precio? Y en este supuesto, no se comprende igualmente que el consumo ha de aumentar y que aumentando han de crecer los pedidos y la necesidad de satisfacerlos? Los datos que nos ofrecen las estadísticas de diferentes paises nos lo afirman así por lo menos, pues por ella vemos que en Inglaterra, por ejemplo, antes de 1769 en que se inventó la primera máquina de hilados, habia unas 5000 hiladoras y 2900 tejedores, al paso que en 1833 entre unas y otros formaban un total de 800,000 trabajadores de dicha clase.

En nuestra misma patria ¿quién que recuerde el estado de la industria fabril á principios de este siglo, no comprende la inmensa diferencia que en favor del

trabajo han dado las máquinas ? No tenemos datos precisos para hacer cálculos matemáticos, ¿ pero será aventurado decir que por cada persona que ocupaba la industria algodonera sesenta años atrás, ocupa treinta en la actualidad ?

En la industria de transportes ¿ no se observa tambien la misma proporción entre el trabajo que fomentan las carreteras y el que dan los ferro-carriles ? ¿ No vemos así mismo que comparados los amanuenses que escribían libros antes del célebre invento de Guttemberg , con las personas que hoy se dedican á la imprenta, alcanza ésta en su favor una proporción fabulosa ?

Mas no son estas solamente las ventajas que los obreros reportan de las máquinas. Tambien influyen en el aumento del jornal , como lo podemos probar con datos irrecusables.

Quando en Inglaterra habia solo 8000 trabajadores que se dedicaban á la industria de hilados y tejidos de algodon , percibían anualmente de 350 á 400 francos cada uno , siendo así que en la actualidad cobran cada año unos 560 francos. En Cataluña mismo , comparados los jornales que por regla general se ganan hoy dia con los que se ganaban medio siglo antes , observamos que aquellos llevan tambien una importante ventaja.

Pero hay más ; las máquinas no solo aumentan el trabajo y mejoran la condición material del obrero , sino que tambien mejoran de un modo muy notable su condición moral. El haber que antiguamente percibia un obrero , era *por el sudor que derramaba su rostro*; y bien puede decirse que entonces compraba el pan con las gotas de su frente , al paso que hoy cobra su salario solo por el empleo de su inteligencia. Y nosotros preguntamos : ¿ qué cosa es más noble ? ¿ Trabajar como lo hace un bruto ó como corresponde á una criatura racional ?

Déjese en buen hora que las fuerzas naturales , dominadas por el físico ó el químico pongan en movimiento resistencias formidables ; que la misión del hombre , de esa criatura hecha á imágen y semejanza del mismo Dios , parece que solo debe ser la de dirigir esas fuerzas. Nosotros al menos podemos decir, que cuanto nos satisface ver como una locomotora que arrastra pesos enormes obedece ciegamente la voluntad del maquinista , tanto nos repugna presenciar como un hombre convertido en acémila, transporta de una á otra parte algunos quintales de peso.

Otra observación importante hay además que hacer. El empleo de máquinas en la grande industria da garantías de duración y de estabilidad al trabajo. Mientras los dueños de fábricas y talleres no tienen empleados grandes capitales en edificios y demás instrumentos de producción, miran con alguna indiferencia las crisis industriales , ya que fácilmente pueden dominarlas , por lo que á ellos se refiere , reduciendo el trabajo y despidiendo á los obreros. No sucede lo mismo con los grandes fabricantes , porque saben que paralizada su industria, tienen cuantiosos capitales que además de hacerse improductivos se vuelven dispendiosos , con lo cual experimentan sensibles pérdidas. Y sino , dígasenos

francamente : en la prolongada crisis algodonera que produjo la guerra de los Estados Unidos ¿ fueron muchas las grandes fábricas que cesaron en sus tareas? Y las pocas que lo hicieron ¿tardaron mucho tiempo en volverlas á reanudar?

No hace muchos días que hablando con un tejedor de lana acerca de las largas y forzadas huelgas á que les condenan todos los años los fabricantes, le decíamos: «Rogad á Dios, para que se generalicen pronto los telares mecánicos destinados á vuestra industria. Cuando vuestros amos tengan empleados quince ó veinte mil duros en esas máquinas que tanto terror os causan, y deban satisfacer dos ó tres cientos reales diarios por la fuerza que ha de darles movimiento, ya cuidarán de buscar algun medio para que no sean tan largas estas vacaciones. Ahora, no les importa gran cosa (bajo el punto de vista de sus intereses) tener que despedir á sus obreros; entonces, sin duda pensarian de otro modo.»

Tales son en conjunto las principales ventajas que ofrecen las máquinas al obrero, ventajas incuestionables y palmarias, pero que pueden hacerse ilusorias hasta el punto de resolverse en perjuicios, si las transiciones á que den lugar son bruscas, si se sustituyen con excesiva frecuencia, si no dan tiempo al trabajador ni siquiera para que pueda dirigir paulatinamente el empleo de su actividad hácia otra industria al observar que sobran brazos en la suya. Nosotros, en verdad lo decimos, deseamos mucho que las clases jornaleras se persuadan de los beneficios que pueden reportar de las máquinas, pero deseamos tambien vivamente que cese esa fiebre de inventos que hoy nos devora, para conseguir que los adelantos industriales se hagan con cierto tino y mesura no lastimando en ningun caso los legítimos intereses que representa el trabajo. Mas al propio tiempo lleva involucradas esta cuestion otras muy trascendentales, como lo son las que se refieren al trabajo de las mujeres, al excesivo y prematuro trabajo de los niños y al precio de los jornales. En los siguientes capítulos nos ocuparemos de ellas con el cuidado que su importancia requiere.

II.

DEL TRABAJO DE LA MUJER EN LAS FÁBRICAS.

1.º

Al emprender el estudio de esta difícilísima cuestión, comprendemos que necesitamos tratarla con gran detenimiento, examinando con toda imparcialidad las condiciones morales y económicas del trabajo de la mujer en las grandes manufacturas, ya para evitar exageraciones que á nada conducen, ya para ver si es posible encontrar una solución satisfactoria á ese importantísimo problema que es sin duda el origen de la mayor parte de los males que afligen hoy á las clases proletarias.

Es una verdad innegable, que la base de la sociedad existe en la familia, y que el centro de la familia reside en la madre. Dedúcese de esto, que donde la madre no pueda ejercer por falta de tiempo ó por ignorancia los sagrados deberes que la naturaleza le impone, la familia se desarrollará muy imperfectamente, constituyendo una base asáz débil y deleznable para sostener con firmeza el grande edificio social. Hé aquí porque debe ante todo procurarse que los lazos de familia no se relajen, que se conserven incólumes las santas afecciones que unen á los padres con los hijos, lo cual solo se conseguirá colocando á la madre en una situación tal, que le permita conocer y cumplir esos altísimos deberes de que hemos hablado. Pero se encuentra en este caso la esposa del obrero? No; antes al contrario, creemos firmemente que cada día se la aparta más de él.

Encerrada la obrera en esos grandes talleres de la industria, desde las primeras horas de la mañana hasta las ocho ó las nueve de la noche, pasa todo el día separada de su esposo y de sus hijos que apenas pueden recibir de ella el mas insignificante cariño. Además, sin tiempo de que disponer para dedicarlo á los cuidados y quehaceres domésticos, ignora las necesidades de la familia, cuyos individuos, por efecto de ese total abandono, crecen y se desarrollan de un modo miserable, desconociendo las más sencillas y triviales nociones de la religión que nos consuela y nos salva. Abandonados los hijos, vagan por calles y plazas embruteciéndose cada día más, mientras que el marido, que no encuentra en el hogar doméstico ningun placer que le satisfaga, ningun aliciente que

le retenga, huye á la taberna ó al café, donde malgasta el escaso jornal que debiera ser el sosten de la familia.

De aquí sin duda la necesidad, tiempo ha reconocida, de arrancar de las fábricas á la mujer casada, y de aquí tambien la altísima conveniencia de educar debidamente á las jóvenes que han de ser un día madres de la familia proletaria.

Pero se nos dirá: ¿es posible apartar de la fábrica á la mujer casada y restituirla á la familia? ¿Por ventura no tiene esta absoluta necesidad del jornal de la madre, que constituye un elemento de vida indispensable á su sostenimiento?

Confesamos ingenuamente que en algunas familias el jornal de la madre es de absoluta necesidad; pero tambien diremos que en muchas, podria prescindirse muy bien del mismo, si sus individuos no se hubiesen dejado dominar por esas mal entendidas necesidades, cuya satisfaccion absorve la mayor parte del salario semanal. ¿Qué se han hecho, nos preguntamos muchas veces, aquellos hábitos patriarcales de los antiguos obreros, quienes reducidos á un constante trabajo toda la semana, sabian distraerse y solazarse el domingo gastando una insignificante cantidad? ¡Ah! pasaron aquellos tiempos, y hoy es considerado como muy económico el trabajador que gasta solo en frivolidades una buena parte de su jornal.

Doloroso es decirlo; pero supuesto que no podemos ocultar la verdad por amarga que sea, so pena de hacer traicion á nuestros mas íntimos sentimientos, bien podemos manifestar que esos hábitos de lujo y de intemperancia que se han introducido en la clase proletaria repugnan á la humilde condicion de la misma, y que el deseo de satisfacerlos es el mónstruo de la discordia que oprime á multitud de familias, siendo causa al propio tiempo de la necesidad que tienen las mismas del trabajo de la mujer, en perjuicio del bienestar de sus individuos y del desarrollo moral de la sociedad.

Por otra parte, el trabajo de la mujer hace una terrible competencia al trabajo del hombre, siendo esta otra razon para que cuando menos se retraigan las madres de solicitar ocupacion en las fábricas, á fin dejar el trabajo para sus maridos y cambiar el estado anómalo y extraño en que se encuentran. ¡En cuántas familias, trocándose los papeles, vemos que mientras el esposo queda en casa preparando la comida y cuidando de los demás quehaceres, la mujer y sus hijas van á la fábrica en busca de un jornal!

Verdad es que de esto puede sacarse un argumento, á primera vista concluyente, contra las máquinas cuya importancia encarecimos en el anterior capítulo, suponiendo que á ellas se debe esa fácil sustitucion del personal obrero, en perjuicio del desarrollo moral de la familia; pero bien examinada la cuestion, veremos que las máquinas, pueden todo lo más facilitar esa sustitucion; pero nunca ser la causa de la misma, la cual reside en consideraciones de muy distinta índole. Por razones que no entraremos á examinar, porque están al alcance de

toda persona medianamente ilustrada, han penetrado en la clase obrera ideas erróneas, pensamientos absurdos, doctrinas descabelladas acerca del trabajo y de la propiedad. Estas doctrinas, pervirtiendo la inteligencia y el corazón de las masas jornaleras, han hecho que vieran éstas en el trabajo una esclavitud, y en los amos unos tiranos. Doliéndose constantemente de su suerte, pugnan por mejorarla, pero por medios tan violentos como lo son el pretender tiranizar al capital, imponiendo condiciones á los amos y queriendo dominar en las fábricas como señores de ellas. ¿Es extraño, en vista de esto, que los amos rechacen el trabajo del obrero que de tal modo se les quiere sobreponer, y que resuelvan no admitir en sus fábricas más que mujeres?

Triste es que hayamos llegado á este estado, pero no olviden los obreros que en gran parte se debe al espíritu turbulento que han demostrado poseer en multitud de casos, y no pocas veces, cuando menos razón tenían para ello. Esas huelgas voluntarias que en son de motin han paralizado tantas veces la industria fabril de poblaciones, de comarcas enteras, ¿qué otro resultado podían dar que el de que nos estamos lamentando? Rectifiquen los obreros sus ideas, cambien de conducta, respeten como se debè á los que les dan trabajo para poder sustentarse, y verán como se les abren nuevamente las puertas de la mayor parte de las fábricas que hoy se las tienen cerradas. Y decimos con intento, *de la mayor parte* y no *de todas*, porque es demasiado cierto que en las contiendas que tantas veces se han suscitado entre fabricantes y operarios, no siempre han tenido éstos la culpa, sino que se han debido en más de una ocasión á las tiránicas exigencias de algunos amos que han exasperado á sus trabajadores, pretendiendo explotarlos sin moderación y sin conciencia. Olvidados del carácter de protectores que respecto de sus operarios les dá su posición social, y la misma naturaleza y esencia de las relaciones que los unen, han pensado solo y exclusivamente en sus intereses individuales, sacrificando á los mismos sus propios sentimientos religiosos y elevadas consideraciones de moralidad y de justicia. Unas veces alargando el tiro de las piezas sin aumentar la remuneración al trabajador; otras prolongando con exceso el jornal, sobre todo en las fábricas que están en despoblado, cuyo abuso raya en escándalo; y otras obligándoles á trabajar la mañana del domingo con escarnio y vilipendio del precepto religioso, han llenado la copa del sufrimiento y han producido algunas de esas disensiones con la consiguiente secuela de odios y rencores por parte de unos y de otros.

No nos referimos, pues, á esos fabricantes, cuando aseguramos que las puertas de muchos establecimientos fabriles se abrirán á los obreros el día en que estos cambien de conducta, porque bien comprendemos que conviene á su bastardo proceder tratar solo con el sexo débil; mas no olviden los que así se conducen, que mientras llega el día, que no puede tardar en venir, en que los gobiernos pongan coto á sus demasías, hay una autoridad en el cielo que les pedirá estrecha cuenta de los abusos que han cometido y sigan cometiendo.

Y ahora, antes de continuar, permítasenos una salvedad. No sabemos si las verdades que acabamos de exponer herirán la susceptibilidad de algunos; mas si así sucediese, lo cual es muy posible porque, como verdades amargas, han de producir algun desagrado, téngase entendido que solo nos guia el interés que nos inspiran esas dos clases importantes de la sociedad que nos vienen ocupando, y que solo porque deseamos ardientemente verlas unidas en beneficio de todos, es que no hemos adoptado el procedimiento de aquellos que pretenden disculpar á los unos con las faltas de los otros, sino decir á todos la verdad y hacer responsable á cada cual de la parte que le haya cabido ó pueda caberle en el conflicto. Solo así, á nuestro modo de ver, puede ponerse un remedio á este mal, y esperar para un próximo porvenir la tan suspirada reconciliacion entre fabricantes y operarios.

Por lo demás, y volviendo á nuestro propósito, dedúcese de lo hasta aquí expuesto, que debemos hacer toda clase de esfuerzos para lograr que la madre de familia renuncie á la fábrica, y permanezca en casa cuidando de sus hijos y de los quehaceres domésticos. En cambio, no nos oponemos con la misma fuerza á que se ocupe en los talleres industriales, la hija, la jóven obrera, ya porque su jornal satisface generalmente verdaderas necesidades, ya tambien porque no la asisten las razones poderosas que hemos indicado respecto de la madre. No obstante, señalaremos algunos inconvenientes gravísimos que en el régimen de varias fábricas hemos observado sobre este particular, á fin de que los amos que se distinguen por la moralidad de sus sentimientos, pongan el conveniente correctivo. El primero es la tan vituperable mezcla de los dos sexos en un mismo recinto. Francamente, cuantas veces visitando algun establecimiento industrial hemos visto confundidos y revueltos hombres y mujeres, no hemos podido contener un movimiento de sorpresa é indignacion. Y en efecto, ¿cómo no sorprendernos de ver que sean objeto de tan soberano descuido, el pudor y la inocencia de centenares de jóvenes destinadas á ser un dia el espejo de sus respectivas familias? ¿Cómo no indignarnos al considerar que lo que debiera ser santuario del trabajo se convierte en un foco de libertinaje?

En una Memoria que tuvimos la honra de dirigir á una corporacion distinguida, decíamos sobre esto: «Repugna, Señores, considerar que la mujer que cuando no ha perdido la inocencia es un ángel de candor, deba estar encerrada durante todo el dia en la sala de una gran fábrica en compañía de jóvenes disolutos, sufriendo constantemente los ataques que estos dirigen á su decoro; y decimos que esto repugna, porque es acompañarla hasta el borde del precipicio para luego empujarla á fin de que caiga en él. Pues qué ¿no sabemos por ventura las terribles pasiones que se desarrollan en esta edad? ¿No sabemos cuán difícil es traspasar la adolescencia sin ser víctima de estas pasiones? ¿Qué calificacion merece, pues, ese peligroso consorcio en que se obliga á vivir á las personas de distinto sexo? Los resultados de tan punible é inmoral

costumbre son altamente deplorables. Díganlo, sino, el crecido número de expósitos que salen todos los años de esas grandes poblaciones fabriles, sin contar los abortos é infanticidios que para evitar la pública deshonra son debidos á reprobados medios, constituyendo un número considerable de crímenes.»

«Segun los datos que nos ofrece la estadística de esta provincia, ultimada recientemente, (1) despues del partido de Barcelona, es el de Tarrasa el que tiene más nacimientos ilegítimos. ¿ A qué puede atribuirse? En nuestro concepto solo á las grandes fábricas que radican en ese partido y que ocupando á muchísimas personas no han establecido la debida separacion de sexos.»

Esto decíamos entonces, y esto repetimos ahora pidiendo en nombre de la moral evangélica que se separen los dos sexos en toda clase de fábricas; y hasta, donde posible sea, que se señalen puertas diferentes para la entrada y salida de los mismos. Esta medida adoptada en muchísimas fábricas del extranjero ha dado ya felicísimos resultados, y es de creer que no los dará menos halagüeños el dia que se generalice en nuestro país.

Por último, y para terminar este capítulo, presentaremos á la execracion pública, solicitando sobre ello la vigilancia de los fabricantes, la torpe, repugnante é inmoral conducta de algunos mayordomos ó jefes de taller, quienes validos de las altas atribuciones que se les confian cometen incalificables abusos en infelices jóvenes, que se ven en la dura alternativa de perder el trabajo que les sustenta ó de acceder á sus brutales deseos. Mucho podríamos extendernos sobre este asunto entregándonos á tristes consideraciones, mas preferimos dejarlo solo indicado á fin de que se las puedan hacer á su gusto, los que están en el caso de exterminar tan asquerosa lepra, al encontrarla dentro de la esfera de su respectiva accion.

(1) Decíamos esto en 1865.

III.

DEL TRABAJO DE LA MUJER EN LAS FÁBRICAS.

2.º

Hemos concluido el capítulo anterior sin dejar por terminada la cuestión que se refiere al trabajo de las mujeres. Es esta de una naturaleza tan complicada, al propio tiempo que de tanta importancia, que bien se nos dispensará si insistimos en la misma un momento más á fin de completar la exposición de las ideas que sobre el particular hemos adquirido, después de un detenido estudio en el cual han trabajado de consuno la reflexión y la experiencia.

Allí hemos visto que son graves y muy trascendentales los deberes que respecto de sus jornaleros tienen los fabricantes, mas los habremos de considerar como exclusivos? ¿No tienen los dueños de esas grandes manufacturas otras obligaciones morales que cumplir?

Dejamos consignado más arriba que la mujer es el alma de la familia, el centro á donde converge el amor de todos sus individuos, el dulce y santo lazo que los mantiene unidos confundiendo sus aspiraciones y sus sentimientos. Por esta razón se viene ponderando hace mucho tiempo y con insistencia justificada, la importancia de la educación de la mujer, supuesto que de ella depende en gran parte el porvenir de las sociedades futuras; y de aquí los extraordinarios esfuerzos que los hombres filantrópicos están haciendo para lograr que se difunda la instrucción entre las obreras, el empeño de los gobiernos en procurar que se establezcan escuelas de niñas en todas las poblaciones, y ese clamoreo, en fin, que empieza á dar la sociedad pidiendo que se eduque convenientemente á la mujer que un día ha de ser madre de la familia proletaria. Sin embargo, los resultados hasta ahora obtenidos son de poca monta, y continuarán siéndolo, mientras los fabricantes no coadyuven con sus poderosas fuerzas á esa grande obra de restauración social.

A los doce ó trece años ingresan las niñas en las fábricas. ¿Qué puede esperarse de los conocimientos adquiridos en la escuela de primera enseñanza (aun en el supuesto de que la hayan frecuentado) si se pasarán siete, ocho ó mas años, sin que persona alguna se los recuerde? ¿Es posible que esta mujer que ignora por completo los deberes de una ama de casa y el modo de cumplirlos, pueda llenarlos satisfactoriamente el dia en que contraiga matrimonio? Inútiles serán, lo repetimos, los esfuerzos de los gobiernos, de las corporaciones benéficas y de los hombres de corazon para esta grande obra, si no son auxiliados de los fabricantes. Estos son los que tienen en su mano los medios necesarios para darle un poderoso impulso, y á los mismos se dirige la sociedad demandándoles el cumplimiento de ese deber moral.

Y en efecto; ¿dónde con mayor facilidad puede darse esta educacion, que para la obrera reclamamos, que en las mismas fábricas? Y dónde con mayor aprovechamiento? Algunos de los más importantes establecimientos industriales del extranjero se han apresurado, tan luego como han comprendido todas sus ventajas, á crear escuelas fabriles donde se dan á las obreras, bajo la direccion de profesoras competentes, todos aquellos conocimientos que son necesarios para gobernar bien una casa. ¿Porqué pues, no deben imitar nuestros fabricantes tan ejemplar conducta? En esta cuestion, como en tantas otras, el interés privado de los mismos está perfectamente de acuerdo con el interés comun. Cuantos esfuerzos hagan para ennoblecer el espíritu de sus obreras, á fin de que tengan recto criterio y generosos sentimientos, otro tanto trabajarán en contra del comunismo, de ese mónstruo que amenaza sus intereses y los de la sociedad en general. Nosotros en nombre de la religion de Jesucristo y de esa misma sociedad amenazada, les pedimos un pequeño sacrificio. Se detendrán acaso ante el reducidísimo gasto que esto les importaria? No lo creemos y por esto conservamos la grata esperanza de ver pronto realizadas nuestras mas íntimas aspiraciones. ¡Una escuela al lado de cada taller! ¿Puede darse nada más bello, más halagüeño, más seductor?

Pero tal vez se nos diga: esto es una utopia, una idea de imposible realizacion. ¿Dónde está el tiempo necesario para que la obrera asista á la escuela?

¡El tiempo! Bien lo han sabido encontrar esas grandes fábricas extranjeras de que antes hemos hablado, y á las mismas podríamos remitirles á quienes nos hicieran semejante objecion. Sin embargo, nos tomaremos el trabajo de buscarlo y les presentaremos el resultado.

En Inglaterra, en Prusia, en Bélgica, en Francia y en casi todas las naciones que se han ocupado de la suerte de las clases jornaleras, se han promulgado leyes reguladoras del trabajo. En todas estas leyes se ha fijado en 12 horas el máximum del jornal. ¿Acaso no se contentarán con ellas nuestros fabricantes? Si las rechazaran por insuficientes no sabemos en qué razones podrian fundarse.

Pero á fin de que se vea una vez más que no somos intransigentes y que no representamos en nuestras ideas los intereses de ninguna de las dos clases de un modo especial y sistemático, sino que buscamos solo la armonía y concordia entre las mismas, diremos que no tendríamos inconveniente en conceder 13 horas al jornal. En este caso, y empezándolo á las seis de la mañana terminaria á las siete de la noche, concediendo media hora de descanso para el almuerzo, una para la comida y otra media para la merienda; resultando de aquí que la escuela podria durar una hora despues de concluido el jornal y que las jóvenes obreras se retirarían á su casa á las ocho, despues de haber recibido lecciones prácticas, segun los dias, de religion y moral, lectura, escritura, higiene, economía doméstica y costura.

Veán, pues, como la única objecion que podria presentársenos queda sencilla y satisfactoriamente rebatida. Nada se opone por consiguiente al planteamiento de la utilísima y civilizadora institucion de las escuelas fabriles, requiriéndose tan solo abnegacion y un pequeño sacrificio por parte de los fabricantes.

¡ Dichoso el dia en que no se cuente una fábrica sin su correspondiente escuela ! Con esto y con la creacion de *Cajas de ahorro* en los mismos establecimientos, se habria dado un paso de gigante para conseguir una situacion tranquila ; muy diferente de la que atravesamos completamente anormal y peligrosa.

Las Cajas de ahorro en las fábricas sirven de termómetro para precisar el grado de moralidad, economía y honradez del obrero, y para establecer al propio tiempo una relacion de intimidad entre los intereses del amo y del trabajador. Con ellas los fabricantes tienen un excelente medio para conocer la conducta de sus jornaleros, para premiar el mérito de los mas dignos, y sobre todo, para conceder, sin grandes sacrificios, pequeñas jubilaciones á los infelices obreros que salen mutilados, sea por descuido ó por imprevision, de esas poderosas y complicadas máquinas que tan odiadas continúan siendo por este nuevo motivo, además de los indicados en nuestro primer capítulo.

Tal es el problema tantas veces planteado acerca del trabajo de las obreras, con las dificultades que presenta y la solucion que le hemos dado. Empero, confesamos con ingenuidad que dista mucho de ser esta la última palabra que respecto del mismo puede decirse, y ojalá llegase un dia en que pudiese resolverse radicalmente sustituyendo por completo en la fábrica el hombre á la mujer ! ¡ Ojalá que cambiando los trabajadores de conducta y procediendo siempre con prudencia y docilidad que no están reñidas con la entereza varonil, hiciesen posible lo que no tiene otro obstáculo que el miedo á su espíritu turbulento ! Porque es una verdad que hoy para ocupar á la mujer en las grandes fábricas, no existe la razon que antes se alegaba de ser más barato su jornal, y en su virtud, es seguro que no opondrían ningun inconveniente

IV.

DEL TRABAJO DE LOS NIÑOS.

En los dos últimos capítulos hemos tratado con alguna extension del trabajo de las mujeres, de los vicios que en él se encuentran y que hay necesidad de exterminar; y de la conveniencia de cerrar las puertas de las fábricas cuando menos á las casadas, á fin de obtener que cese la ruinosa competencia que hacen á sus propios maridos en detrimento de sus mismos intereses, y á fin tambien de colocarlas en la situacion conveniente para que puedan cumplir los altos deberes que la religion y la naturaleza les imponen al concederles el título de madres. Mas todas las ventajas que de estas utilísimas reformas nos proponemos obtener serian ilusorias, si al propio tiempo no se dictaran medidas para salvar á tantos infelices niños de los funestos resultados que les acarrea el escesivo y prematuro trabajo á que se ven condenados desde su más tierna edad.

Nosotros comprendemos las necesidades de la industria; sabemos que algunas de sus exigencias son de tal naturaleza, que no es posible desatenderlas; y que han llegado á tal punto las condiciones de la fabricacion moderna, que serian inútiles cuantos esfuerzos se hiciesen para desviarla del camino económico que ha emprendido. Pero sabemos igualmente que los derechos de la infancia, de esa infancia que contiene todo el porvenir de la patria, son muy sagrados, y que no deben jamás ser desatendidos para dar satisfaccion á intereses puramente materiales. Afortunadamente, es posible una conciliacion entre estos dos elementos, entre las necesidades de la industria y los derechos de la niñez; si así no fuese, nosotros clamaríamos una y mil veces para que fuese rechazada la industria que solo pudiese desarrollarse y medrar á costa de la salud y la vida de inocentes criaturas.

Hasta ahora, ha venido haciéndose en nuestro país un abuso tan escandaloso de las débiles fuerzas de la infancia, que parece por demás llegado el caso en que el gobierno debiera intervenir en la cuestion. Si esto no se hace, y pronto, no tardaremos en tocar los tristes resultados que en su dia abrieron los ojos á los gobiernos de otras naciones, y de cuya esperiencia no nos sabemos aprovechar.

Los niños de ocho y nueve años, reducidos á esclavitud durante todo el día, solo pueden dar á la patria una generacion raquítica, ignorante é inmoral, que se vaya aniquilando por consuncion. No son posibles otros resultados. En esa edad tan tierna, cuando para el sucesivo y completo desarrollo de la naturaleza física se requiere aire puro, luz y un movimiento continuado, ¿qué otra cosa puede esperarse de tantos centenares de niños condenados cual animales inmundos á arrastrarse todo el día por debajo de las máquinas que amenazan continuamente su existencia? Sin oír en toda su vida mas que palabras asquerosas y soeces ¿qué otro resultado nos podemos prometer, sino que salgan jóvenes disolutos y descreídos, ignominia y baldon de la misma sociedad que los ha sacrificado? Nosotros hemos visto muchas fábricas, hemos estudiado el desarrollo físico y moral de los niños en ellas ocupados, y sin escepcion, hemos advertido en todos vivísimos señales de una precocidad espantosa en la corrupcion del cuerpo y del alma. Por esto levantamos hoy nuestra débil voz, y dando un grito de alerta á los padres, á los fabricantes y á las Autoridades, pedimos encarecidamente que se corte el mal en su raiz. Permanecer tranquilos é inmóviles dando lugar á que se repitan con increíble frecuencia catástrofes como la acaecida en un establecimiento industrial de un pueblo vecino, en donde un golpe de máquina abrió materialmente el cráneo á una niña de *nueve* años, parécenos que sería muy censurable; más que censurable, criminal.

Ya que tanto hemos copiado del extranjero, ya que es en nosotros una manía hacer siempre un poderoso argumento de lo que sucede allende el Pirineo, como si en *todo* las demás naciones de Europa debiesen servirnos de modelo, ¿porqué no promulgar leyes reguladoras del trabajo de la infancia, como lo han hecho Inglaterra, Prusia, Francia y Alemania? ¿Porqué no consignar en estas leyes que ningun establecimiento industrial podrá admitir niños menores de once años, y que en ningun caso se permitirá que trabajen mas de seis horas diarias? ¿Porqué no decirles á todos los amos que quedan obligados á establecer dos tandas de niños, para que turnando en el trabajo puedan sustituirse mutuamente?

Esto sería lo único capaz de remediar eficazmente el mal de que nos hemos lamentado. En todas las leyes que con este objeto se han promulgado en las naciones antes citadas, se hallan consignados estos preceptos. Aquellos gobiernos han rechazado para los infelices *obreros-párvulos* esa vida puramente animal á que nosotros les sujetamos, prohibiendo que puedan ser empleados en las fábricas hasta cierta edad, y mandando que aun al llegar esta, tengan libre la mitad del día para asistir á la escuela y entregarse á esa expansion y alegría que tanto contribuye al mayor desarrollo físico de la niñez.

— Nosotros esperamos que el Gobierno se hará cargo de esta cuestion y que procurará resolverla cuanto antes en el sentido indicado. Mas entre tanto, nos dirigimos á los jefes de las familias obreras y á los fabricantes, para rogarles

encarecidamente : á aquellos, que no sacrifiquen la inocencia y robustez de sus hijos por un miserable jornal antes de llegar á una edad conveniente ; y á estos que, dando libre curso á sus sentimientos filantrópicos, hagan lo que la ley debiera mandarles, estableciendo tandas y escuelas en sus fábricas para conservar á la patria, no seres degenerados y embrutecidos como hoy sucede, sino jóvenes robustos, hombres honrados y ciudadanos útiles á la sociedad.

V.

DEL PRECIO DE LOS JORNALES.

1.º

Vamos á tratar en este capítulo de una cuestion espinosa y en alto grado trascendental é importante, ya que constituye, podemos decir, la síntesis de todas las cuestiones que tanto tiempo hace se agitan entre fabricantes y operarios, y vamos á hacerlo con el espíritu de justicia y la independencia de carácter que sin duda habrán reconocido en nosotros nuestros lectores.

Ya hemos tenido ocasion de manifestar en uno de los anteriores capítulos, que las verdades amargas que salian de nuestra pluma, pudiera ser que produjesen disgusto en algunos ánimos poco generosos, pero que decididos á no adular á ninguna de las dos clases, la de fabricantes ni la de operarios, ya que por entrambas sentimos especial cariño, proseguiríamos manifestando nuestro leal parecer, consignando el tanto de culpa que á cada cual correspondiera en las funestas y terribles crisis que los desaciertos de unos y otros han provocado.

Mas ante todo, creemos de absoluta necesidad apuntar algunas consideraciones acerca la naturaleza del salario, á fin de ilustrar la opinion sobre un punto que muchos no comprenden por falta de un análisis detenido de los elementos que entran en la produccion. Sabido es que esta necesita de capital y trabajo, y que así el primero como el segundo de estos elementos seria poco menos que inútil si no se viese apoyado por la cooperacion del otro. De esto podemos deducir inmediatamente, que los beneficios que reporte la produccion deben ser repartidos entre ambos de un modo equitativo y conforme á la naturaleza especial de cada uno. Sin embargo, al fijarnos detenidamente en el trabajo, observamos desde luego que no debe entenderse de un modo esclusivo bajo

este nombre la cooperacion del obrero , sino que debe considerarse como tal la cooperacion del sabio y la del empresario , puesto que ni la produccion hubiera obtenido los adelantos y ventajas que ha realizado sin las vigalias de aquel , ni se verificaria con la regularidad , órden y oportunidad que son tan necesarias sin las meditadas combinaciones de este. Síguese de aquí , que es un error lamentable el creer que solo son dignos de recompensa los esfuerzos corporales que emplea el obrero en la confeccion de los artefactos , y que para nada deben tenerse en cuenta los trabajos intelectuales que á la industria dedican , así los que inventando nuevos procedimientos la adelantan y mejoran , como los que dirigiéndola en sus más insignificantes detalles construyen los géneros segun las necesidades del consumidor y las exigencias del mercado.

Pero se nos dirá, tal vez : ¿ acaso tienen comparacion las ganancias que realiza el empresario por su trabajo intelectual, con la insignificante remuneracion que percibe el pobre obrero ? ¿ No hay entre ambas recompensas una diferencia tan enorme que hace imposible , ó cuando menos absurda toda comparacion ? Algo existe en esto de verdad, pero apesar de todo, no son completamente fundadas estas exclamaciones. Cuando el empresario realiza muy cuantiosos beneficios , es que á este carácter reúne tambien el de capitalista , y en este caso, nada tiene de particular que sus ganancias sean más considerables. El capital invertido en la industria y que representa como todo capital una grande acumulacion de trabajo anterior , debe percibir un interés como factor que es de la produccion; y si atendiéramos á los riesgos que tal vez ha corrido y al tiempo que ha permanecido empleado sin poderse realizar , quizá encontraríamos que la remuneracion obtenida es muy insignificante.

El obrero, por lo general, cobra con puntualidad su salario sin correr jamás riesgo alguno por el resultado del negocio en que interviene con su trabajo material, mientras que el empresario se expone á mil contrariedades que no solo destruyen los beneficios que de su trabajo debiera reportar, sino los mismos capitales que en la produccion tiene empleados. Hé aquí la razon del absurdo en que caen los que, lamentándose de lo poco retribuidos que son los jornales de los obreros, pretenden elevarlos á una cantidad exagerada. Todo en la naturaleza está sujeto á determinadas leyes, y considerar que éstas no existen para regular las relaciones entre fabricantes y operarios , es desconocer lo que por su evidencia salta á la vista. ¿ Quién cargaria con la responsabilidad del empresario si sus ganancias debieran equipararse con las del jornalero ? ¿ Quién se aventuraria á gastar su inteligencia dirigiendo unas operaciones complicadísimas , si los beneficios que realizara pudiesen compararse á los del trabajador que apenas se dá cuenta del modo como mueve los brazos ?

Y sin embargo de lo dicho, no se crea que estemos satisfechos del precio con que generalmente se retribuyen los jornales del obrero , ni mucho menos que

pretendamos asegurar que no cabe en esta parte mejora alguna. Léjos, muy léjos de nosotros hablar de la tasa ni de ninguna otra medida violenta ó arbitraria que pretenda elevarlos, pero sí debemos consignar, que los salarios se hubieran sostenido á un precio regular si los fabricantes, dejando á un lado competencias ruinosas y de mal género, no los hubiesen hecho objeto de su especulacion. Y aquí es en donde debemos censurar la conducta de los mismos, pues varios de ellos, acordándose escesivamente de sus propios intereses, han sacrificado muchas veces los del infeliz trabajador sin obtener por esto ventaja alguna. Encerrándose en la fórmula *barato y mas barato*, han apelado á toda clase de medios para poder realizar los géneros á precios ínfimos, no importándoles gran cosa que con ellos desacreditasen la misma industria que ejercian, matando de esta manera el porvenir económico de la nacion. Disminuyendo la cantidad de las primeras materias, falseando su calidad y cercenando cada día más el coste de la mano de obra, ha sido como muchos han pretendido abaratar los productos, multiplicar el giro y hacer fortuna, sin considerar que por este camino debian necesariamente arruinar la industria; pues del descrédito viene la disminucion de la demanda y de ésta la paralización de los trabajos.

Nosotros bien sabemos, sin embargo, que los empresarios que así han obrado, por lo que toca á la rebaja del jornal del trabajador, han estado en su derecho, porque la ley económica de la oferta y de la demanda les autorizaba para ello. ¡ Si eran tantos los obreros que solicitaban trabajo, cómo no aprovecharse de esta competencia para rebajarles el jornal? Hé aquí la tentacion, mas si el derecho y la conveniencia particular del momento les autorizaban para seguirla, quizá reprendian severamente su modo de obrar el deber y la conveniencia general. Los salarios mezquinos han producido trabajadores chapuceros y por lo mismo géneros mal elaborados; los salarios regulares, escitando la emulacion del obrero y despertando su gusto, hacen buenos oficiales y escelentes artefactos. Aquellos conspiran contra los progresos de la industria, estos la perfeccionan y la acreditan. Por esto creemos que los fabricantes no debieran llevar tanta prisa, cuando se presentan ciertas crisis, en rebajar los salarios de los obreros, porque si de pronto obtienen con ello alguna ventaja real, no pasa mucho tiempo sin que esta desaparezca, ya por haberse colocado en idénticas condiciones otros competidores, ya por la imperfeccion con que salen fabricados los productos.

Mas si algunos fabricantes guiados tal vez por un escesivo deseo de lucro se han portado de una manera inconveniente, debemos manifestar, á fuer de hombres imparciales, que reprobamos y reprobaremos siempre las exigencias injustificables con que se han conducido los obreros de ciertas industrias, quienes no obstante de ganar jornales muy crecidos, han provocado motines y rebeliones que produjeron males sin cuento. No es coaligándose tumultuariamente por

medio de amenazas y atropellos como los obreros pueden obtener el alza de los salarios, ni tampoco mostrándose sobradamente exigentes; sino siguiendo una conducta moderada, firme é imparcial, fundada en la razon, en el derecho y en la justicia.

VI.

DEL PRECIO DE LOS JORNALES.

2.º

¿ Posee la clase obrera medios eficaces para alcanzar el alza de los salarios que tanto apetece y que con justicia reclama? Hé aquí la cuestión de que debemos ocuparnos en este último capítulo como término ó complemento de las ideas expuestas en el anterior; y al hacerlo, contestamos desde luego afirmativamente, advirtiendo al propio tiempo que la mencionada clase no ha sabido aprovecharse de estos medios, bien por efecto de su ignorancia sobre el particular, bien por no poseer el conjunto de virtudes que presupone la realización práctica de los mismos. Por esto, pues, y ya que su conducta hasta el presente no ha sido muy favorable á la obtención de sus pretensiones, mas de una vez exageradas, vamos á examinar el proceder que en nuestro concepto debería seguir la clase proletaria, para obtener de un modo seguro y permanente esa alza de salarios que tanto reclama y que sin duda se hace indispensable si ha de conseguir una pequeña mejora en su existencia moral y material. Mas ante todo creemos necesario repetir lo que decimos al terminar el precedente capítulo: no es siguiendo el camino por donde hasta hoy han sido conducidos como alcanzarán mejorar de situación los obreros; pues ni con coaliciones forzadas sostenidas por amenazas y atropellos, ni con pretensiones ridículas lograrán que sean atendidas sus reclamaciones. Solo siguiendo una conducta moderada, firme é imparcial fundada en la razón, en el derecho y en la justicia, obtendrán el mejoramiento á que aspiran, porque lo que está en la conciencia universal de todos los hombres al fin llega á prevalecer.

Sin embargo, es indispensable ante todo, de todo punto indispensable, que los trabajadores se concilien con los fabricantes, desterrando de su corazón esos sentimientos aviesos llenos de rencor y de envidia que hácia sus principales abrigan. Ha llegado la hora ya, de que conozcan todas las clases, y la obrera en primer lugar, cuáles son los principios cardinales en que descansa toda sociedad, y que querer destruir las diferentes condiciones sociales para llegar á una igualdad absoluta, es un imposible, un sueño lleno de quimeras y fantasmas, una aberración de la inteligencia humana. Ha sido y será siempre una condición intrínseca de nuestra naturaleza, tal como le plugo á Dios constituir la; que haya

diferencias de fortuna, porque es imposible que deje de haber hombres con distintas cualidades de ciencia, laboriosidad y economía. Sin el respeto á la propiedad, á ese derecho reconocido y apreciado en todo su valor, casi instintivamente por todos los hombres desde la más tierna infancia, es un absurdo la sociedad, y una utopia el órden, la libertad y el progreso; por cuyo motivo no dejaremos de consignarlo como una condicion indispensable impuesta tácitamente á las clases jornaleras para obtener su perfeccionamiento y mejora. Mientras estas se muestren envidiosas de los bienes que posean los fabricantes, mientras manifiesten deseos codiciosos sobre todo lo que no les pertenece, olvidando los más rudimentales principios de moral y de justicia innatos en el corazon del hombre, será inútil tantear una conciliacion entre fabricantes y operarios, pues se considerarán siempre y mútuamente como implacables enemigos. Urge, pues, que la clase obrera rechace las anárquicas teorías comunistas que la pervierten y avasallan, y llegado este caso, entrará de lleno en el concierto social, pudiendo desde luego combatir dentro del terreno legal y justo en favor de sus nobles y levantadas aspiraciones, con la seguridad de obtener resultados prácticos de interés inmediato. Para ello, solo necesita aplicar convenientemente como poderosos medios la instruccion y la asociacion. Con la primera, desarrollando sus facultades intelectuales y logrando poseer un perfecto conocimiento de su oficio, se elevará sobre el nivel rutinario en que hoy se encuentra, y dejando de ser una fuerza inconsciente, adquirirá la consideracion de fuerza inteligente capaz de producir innumerables artefactos con todas las perfecciones de que sean susceptibles. Y dado este caso, ¿no seria la consecuencia lógica del mismo el aumento de jornal? ¿Por ventura se ha visto jamás que sea desatendido el oficial artesano, cuyos extensos conocimientos constituyan un venero inagotable de perfeccionamiento y mejora en los productos que salen de sus manos? Hé aquí porque no nos cansaremos de recomendar á los obreros esa instruccion profesional de que tanto necesitan, y que si bien hoy, en nuestro país, no pueden adquirir directamente en la mayor parte de las industrias, pueden no obstante obtenerla por medios indirectos, con solo poseer un vivo deseo acompañado de una perseverante y decidida voluntad.

Respecto al otro medio, ó sea, á la asociacion, es de un resultado seguro y positivo; pero requiere, mas que otro alguno, cualidades de virtud, de ilustracion y de buena fé que no siempre poseen las clases trabajadoras. En tres escollos principales acostumbra naufragar las asociaciones obreras, y estos son: la mala fé de algunos asociados que pretenden vivir á costa de sus hermanos, la poca honradez de los que manejan los caudales de la sociedad, y el orgullo que se apodera de la misma cuando vé que trata con los fabricantes de igual á igual; pues careciendo en este caso de la prudencia necesaria, formula exigencias y pretensiones exageradas que la conducen al abismo. Nosotros lo decimos con entera franqueza: en la asociacion obrera no encontramos ningun mal; antes

bien la consideramos legítima y justa para oponerse á la coalicion tácita y á veces fatal que se establece entre los fabricantes ; y cuando sea dable organizarla sin los inconvenientes que dejamos apuntados , cuando sea posible que todos los asociados tengan un exacto y preciso conocimiento de su posicion y de las condiciones económicas á que está sujeto el desenvolvimiento industrial , la presentaremos como el remedio más eficaz para destruir esos males que los obreros tanto deploran. Porque una asociacion así constituida , pediria solo lo racional y justo, y deseando entender solo de los jornales, no pretendería inmiscuirse en la direccion y administracion de los talleres , dejando en completa libertad á los fabricantes ; por cuya razon seria protegida por muchos de estos mismos que, si han rebajado los salarios, nos consta que lo han hecho con sentimiento, y solo bajo la presion irresistible de la ley de la competencia que les obliga á colocarse en las mismas condiciones que sus antagonistas. Entonces, y procurando establecer de comun acuerdo una tarifa ó arancel , este se haria insensible é indirectamente obligatorio á todos, sin que fuese ya posible , como lo es ahora, hacer objeto de especulacion la mano de obra.

La práctica, que tiene sobre la teoría la ventaja de presentar resultados positivos, nos lo dice terminantemente ; pues se han conservado al través de todas las oscilaciones y cambios políticos porque ha pasado el país , aquellas asociaciones que se fundaron manteniéndose fieles á los principios antes sentados , al paso que desaparecieron envueltas con el desprecio general , las que se basaron en el atropello y en el monopolio. Ténganlo presente los trabajadores, y no olviden jamás que si saben hacerse dignos de la mejor posicion á que aspiran, pueden alcanzarla fácilmente con solo cumplir como ciudadanos honrados. Nada de pretensiones ridículas , cordura y sensatez en la adopcion de ideás , pues hoy más que nunca la necesitan para poder distinguir lo bueno de lo malo , lo verdadero de lo falso.

Y decimos esto , porque en uno de los congresos internacionales de obreros celebrado últimamente, se nombró por la minoría una comision de setenta trabajadores para que redactara el proyecto de unos estatutos fundados en las siguientes bases :

- 1.^a El salario debe ser suficiente para atender á la subsistencia del trabajador y su familia, salvando siempre la escasez de inteligencia para el trabajo.
- 2.^a Las rebajas de salarios solo podrán hacerse con previo consentimiento de los obreros.
- 3.^a El jornal será de doce horas comprendidas dos horas de descanso.
- 4.^a El trabajo del domingo queda suprimido , salvo en los casos absolutamente necesarios.
- 5.^a Igual acuerdo respecto el trabajo de noche.
- 6.^a Todo nuevo reglamento deberá ser acordado entre los amos y los obreros.

7.^a Para el arreglo de las cuestiones entre amos y trabajadores se nombrará un jurado arbitral permanente, elegido por ambas partes y presidido por un tercero imparcial.

8.^a Las mujeres deben así mismo disfrutar de la libertad de trabajo en las fábricas y talleres concediéndolas toda clase de garantías higiénicas y morales.

9.^a El trabajo de los niños y adolescentes debe limitarse de tal manera que no perjudique el desarrollo completo, corporal, intelectual y moral de la juventud.

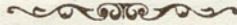
10. El trabajo de las casas de corrección solo podrá ser aprovechado por la agricultura y el Estado, cuidando de dar á los penados un trabajo perteneciente á su profesion.

Ahora bien; ¿ pueden considerarse admisibles todas ellas? Desde luego aceptamos con entusiasmo la 4.^a, 5.^a, 7.^a, 8.^a y 9.^a aunque creemos que en su mayor parte deberian ser objeto de leyes especiales emanadas de la Autoridad suprema; en cuanto á la 3.^a creemos que no debería haber inconveniente en que el jornal fuese de trece horas comprendidas dos de descanso; no nos satisface la 1.^a porque no puede realizarse de un modo práctico sin ir directamente al socialismo, y condenamos la 2.^a y 6.^a porque coarta de un modo demasiado absoluto y directo la libertad de los fabricantes. No se puede privar á estos, sin conculcar uno de los más sagrados derechos, que rebajen los salarios á sus trabajadores, mas á voluntad de los mismos queda el conformarse ó no, si están unidos formando asociacion. De manera, que por mas que en último resultado siempre la rebaja de los salarios tendria lugar con consentimiento de los obreros, no queremos, como supone la base 2.^a, que los fabricantes tengan necesidad de pedir permiso para establecer dicha rebaja.

Mas podríamos extendernos analizando las mencionadas bases; pero no lo creemos necesario porque bastan meras indicaciones para conocer el defecto de que adolecen. Por consiguiente, terminaremos con solo repetir, que sobre las mismas y cuantas otras se les propongan, mediten detenidamente nuestros obreros, y rechacen las injustificables si quieren alcanzar alguna mejora en su condicion social. No olviden que solo siendo razonables serán atendidos.

Tales son las ideas que tenemos sobre el modo de resolver las espinosas cuestiones que tanto tiempo ha se agitan entre fabricantes y operarios. Las expusimos, como manifestamos en el preliminar, hace ya tiempo; y por lo mismo cuando no habia sonado aún la hora del rompimiento, cuando solo preveíamos lo que por desgracia ha sucedido ya. Animados de la mayor buena fé y solo cediendo á impulsos generosos, las reproducimos para ver si logran abrirse paso y

dominar en ambas clases, ya que abrigamos la íntima convicción de que solo sujetándose á su influjo pueden todos prosperar. Ni los fabricantes llevan buena direccion continuando por el camino hasta aquí seguido, ni los obreros llegarán al fin que se proponen persistiendo en la conducta que hasta hoy han observado. Unos y otros deben dar un paso atrás, y solo dándolo, solo retrocediendo hasta encontrar el punto en donde empezó la divergencia, pueden sentar las bases de una sólida conciliacion, de esa conciliacion tan deseada por lo mismo que haria imposible las tremendas crisis sociales que nos esperan, y que se resolverán, si estallan, en perjuicio de todas las clases, sin que se salve del naufragio, como equivocadamente creen algunos, la clase jornalera que, por el contrario, sufrirá males de incalculables consecuencias.



dominar en ambas classes, ya que el primerio de las mismas
 enciende a un individuo en todos los puntos. El los laborantes
 tambien caminando por el camino hasta aqui seguido, al los obreros
 de las y otras deber dar un gran paso, y con el mismo, solo
 hasta encontrar el punto en donde empuja la divergencia, pueden estar las
 bases de una solida conciliacion, de esa conciliacion, tan deseada por lo mismo
 que parte imposible las tendencias cristas sociales nos nos espere, y que se in-
 volvera al catalan, en principio de todas las clases, sin que se retire del man-
 dante, como equivocadamente creen algunos la clase jornalera que, por el
 contrario, sufrira males de incalculables consecuencias.

RF 8-52.